

## EL NERVION, EN ROJO Y BLANCO



**De Andrés: «Se me ha hecho un nudo en la garganta al pasar Portugalete»**

**Noriega: «Ya no es sólo la afición del Athletic; es el pueblo vasco entero»**

**Iribar: «Esto es tema para un estudio sociológico»**

te y De Andrés se marcaban una «raspa», tras la que terminaban saltando en corro con Urquiza, Patxi y Julio Salinas, «Pizo» Gómez..., incansables; verdaderamente incansables los chicos de Clemente.

**Endika: «Más de lo que imaginaba»**

La temperatura, tanto meteorológica como ambiental, fue subiendo en la gabarra a medida que ésta se aproximaba a Bilbao. Hubo unos momentos de relativa calma, hasta que la ría se estrechó. Era entonces cuando nos decía De Andrés que «al pasar por Portugalete se me ha hecho un nudo en la garganta y casi no podía hablar. Me he emocionado». Le recordamos los Sanfermines al centrocampista navarro, pero nos confesó: «Aquello también es la pera, pero esto es mucho más».

Endika, el autor material del gol al Barcelona en la final de Copa, se había perdido el recibimiento del año pasado: «Estaba en la mili y no pude estar aquí. Creía que era algo grandioso, pero es mucho más de lo que yo imaginaba. Cuando metí el gol no sabía lo que significaba, ahora sé que significa la alegría de todo un pueblo», nos dijo Endika mientras seguía con los brazos en alto, saludando a la afición: «No, no me duelen los brazos; no me pueden doler, porque de la forma que animan siempre al Athletic y según lo están haciendo ahora, se lo merecen todo».

A Noriega le preguntamos si habían valido la pena los sufrimientos a lo largo de la temporada: «Ya lo creo que sí. Aunque yo diría que deporti-

vamente no hemos sufrido tanto; se ha sufrido también porque en muchos campos se han metido con nosotros, pero por estar ahora aquí, creo que todo lo que hayamos sufrido valía la pena. Es impresionante. Esto sólo se puede ver aquí. Ya no es sólo la afición del Athletic, es el pueblo vasco».

**Temperatura a tope**

Tras cruzar bajo el puente del Ayuntamiento, fue el «sumum». Aurtentxe no tenía palabras para describirlo: «Ver a nuestro pueblo unido de esta forma, pienso que es algo que no se puede explicar con palabras». Para Iribar, «todo esto es producto de los que rodea al Athletic; es indescriptible. Yo creo que es tema de un profundo estudio sociológico. Me encuentro sin palabras para poder expresar lo que es esto».

Con los jugadores ya fue imposible hablar de nada. La temperatura había alcanzado su grado álgido, estaba a tope. Vizcaya entera se había volcado con el Athletic a orillas del Nervión, y los «leones» vibraban con la gente, estaban emocionados, entregados como se entregaron en Valencia, en San Mamés contra la Real o en el Bernabéu contra el Barcelona. El ruido era ensordecedor. Toda la plantilla se había colocado en la punta de la gabarra y cantaban al unísono el «Campeones, campeones, oé, oé oé», pero los gritos del pueblo eran más fuertes. Desde el Ayuntamiento a San Antón, no había un ápice ni en los puentes ni en las márgenes de la ría. Las mujeres tiraban efusivos besos a Clemente y sus chicos. Estaban llenas hasta las terrazas de los edifi-

cios colindantes. Aquello era el «desmadre».

**El doctor: «Sacar fuerzas del alma»**

Poco antes de desembarcar en el Mercado de la Ribera (junto al puente de San Antón era imposible hacerlo y la gabarra hubo de retroceder), preguntamos a Angel Gorostidi, médico del Athletic, de dónde sacaban fuerzas los campeones para mantener con tanta energía los brazos en alto: «Del alma; sacan fuerzas del alma. Y, a pesar de que esto sea una paliza física, hoy no adelgazan, hoy engordan de satisfacción».

Y es que en esos momentos también el doctor estaba emocionado: «Este espectáculo es capaz de emocionar al hombre más frío, al más calculador. Vamos, es indescriptible».

El médico tenía razón. La única forma de comprenderlo era viviéndolo en directo. Las palabras se quedan pequeñas y no sirven para describir los sentimientos puestos de manifiesto ayer por Vizcaya entera, a lo largo de este remonte del Nervión, realizado por la gabarra del Athletic, con los campeones a bordo, desde El Abra a San Antón.



Aquí tienen a los supercampeones, posando en la gabarra, tras finalizar una alegre biribiketa.



Clemente fue manteado por sus jugadores pocos minutos después de embarcar en la gabarra.

## CLAMOR SIN RENCORES

Manuel Llano Gorostiza

Vizcaya entera estaba ayer en la ría. Tensa, entusiasmada, vibrando al unísono con la melodía de los alirones que repetían en el txistu su agredulce alfabeto.

Era como un canto de amor a orillas del Nervión, como una latitud de sangre y nieve avanzando con fuerza hacia las piedras venerables de San Antón, clave germinal de nuestro civismo y nuestra idiosincrasia.

Era un continuo sonar de sirenas atravesando los pequeños infinitos de nuestras montañas mientras transmigraban las gaviotas y estallaban los cohetes sobre las cabezas de miles de personas revestidas de los dos colores fundamentales que desde la Cruz de San Andrés pasaron a ser símbolo y bandera de la villa y sus barcos.

Allí estaba toda Vizcaya: la oficina, la fábrica, la tienda, el hierro y el arado.

La curva de una quilla de antaño trasladó carbón y mineral de hierro, ayer se convirtió en altar donde unos mozos de la tierra y sus rectores firmaban la dedicatoria de una primavera doblemente bilbaína.

Estaban todos. Los futbolistas y sus seguidores, el deporte y el pueblo, la luz del ayer triunfante y del mañana esperanzado. Sobre las tablas restauradas de la gabarra se imponía la catarsis, el fuego depurador, la espuma y el olvido.

Hemos desmesurado un tanto la realidad de un deporte —el fútbol— y los gestos extemporáneos de algún que otro mercenario iracundo que no puede conocer ni orgullos regionales, ni romanticismos deportivos, ni amor a unos colores.

Pero no. Es hora de que pasemos por alto desmanes y tonterías. Aquí lo que queremos decir es que Vizcaya entera estaba ayer en la ría, revestida de feria y ceremonia, sólo para un canto de amor y de esperanza, de esfuerzo y de futuro.

Aún diremos más: se empezó el itinerario en el muelle de Las Arenas, justo frente a la casa donde vivió feliz el más grande poeta de Cataluña, el incommensurable Juan Maravall que vino a nuestra tierra a confirmar la limpieza de su alma mirándose en los ojos de una dama, al par que se sentía engranaje de nuestro hacer fáustico y tenaz, lúdico y amoroso.

En eso tenemos que insistir. En la limpieza de una tierra hermana —Cataluña— nacida como nuestra tierra del esfuerzo y la quimera, la honradez y la devoción a las cosas del propio terreno.

El fútbol dejaría de ser un deporte respetable en el

mismo momento en que su actividad sirviese para levantar murallas infranqueables y absurdas. No pueden existir nunca. Cataluña ha sido, es y será una tierra tenaz y generosa, solidaria y acogedora, donde el deporte sólo puede rubricar el testimonio de una trayectoria competitiva, corolario de un lógico deseo de días y meses y años de trabajo para ocupar, en todo, los puestos de vanguardia. En eso coincidimos muchos pueblos y por eso debemos respetarnos más cada día. Olvidando los restos y las formas desabridas y violentas de quienes —hay que decirlo de forma clara y contundente— no representan a nada ni a nadie.

Imagínese el lector lo triste que hubiese quedado la tarde de ayer si sobre el maderamen de la cubierta de la gabarra hubiesen pretendido representar a nuestro Athletic unos futbolistas nacidos y formados en latitudes lejanas, ajenos por completo a nuestra manera de ser y a nuestra idiosincrasia. En el Athletic de ayer, victorioso y heroico, o en el Athletic de otras jornadas en las que se dio la derrota que impusieron su mejor técnica equipos más cualificados, no han cabido ni caben mozos indígenas o fundidos en el crisol bilbaíno para ser aclamados por miles de niños que precisamente en ese día estrenaron sus camisetas rojiblancas, soñando con poder llevarlas algún día para defender al club de sus amores.

No deja de ser todo ello un enfoque particular sobre lo que debe ser el deporte. Enfoque que no es exclusiva vizcaína, pues participan del mismo otros pueblos. El día de la final de la Copa del Rey, sin ir más lejos, se dio, en el estadio Santiago Bernabéu, un hecho elocuente que habla por sí solo en favor de una política deportiva. Nada más señalar el colegiado Franco Martínez el final de la contienda hubo un futbolista del F. C. Barcelona, el extremo derecha, Carrasco, que se apresuró a felicitar a los vencedores de la contienda, a la par que otros daban comienzo a la vergonzosa tangana. Pensemos en ello. El extremo derecha, Carrasco, es un producto típico de la cantera catalana. En ella se formó, para terminar defendiendo al club cuyos colores siempre soñó llevar.

¡Lástima que el desaire iracundo de los extranjeros que no saben perder haya empalmeado la elegancia de este Carrasco que tiene méritos más que sobrados para disfrutar las mieles, las espumas y los cohetes de una gabarra como la que ayer midió el Nervión desde el Rompeolas a San Antón!



La gabarra rojiblanca a su paso por el puente del Ayuntamiento.